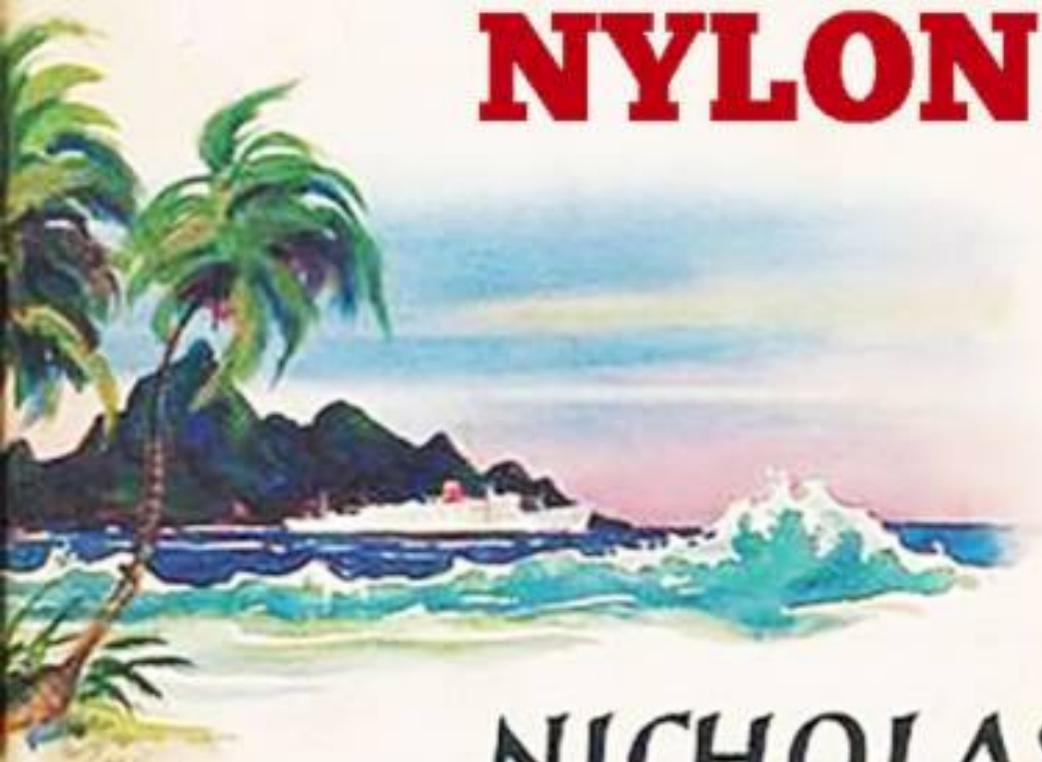


**PIRATAS
DE
NYLON**



**NICHOLAS
MONSARRAT**

El Alcestis, un transatlántico de lujo británico, amarrado en Nueva York para realizar un crucero por el Caribe, Sudamérica y África, espera a sus pasajeros exclusivos: hombres de negocios de mediana edad, con grandes saldos bancarios y esposas implacables; mujeres que buscan amor y aventuras; y divorciados con cosas que quieren olvidar. Pero otro grupo de pasajeros amenaza con alterar su opulento viaje. Éstos son los piratas del siglo XX: suaves, elegantes, discretos y absolutamente sin escrúpulos, con un propósito singular en mente y una colección de estrategias despiadadas...

PRIMERA PARTE

Meticulosamente planeado pensando sólo en ti.

Capítulo I

LA joven, que era muy hermosa, se alejó de la ventana. La perspectiva del Central Park y la Quinta Avenida, en una fresca mañana invernal, resultaba excitante, pero la altura le causaba vértigo. Las habitaciones del hotel, incluso si eran tan elegantes como éstas, no deberían hallarse jamás a mayor altura de un tercer piso; el vigésimo se hallaba casi rozando las nubes, el treinta y cuatro era de locura... Se arrebujó en su bata de seda, sintiéndola como un abrazo en su cálido y todavía algo excitado y lánguido cuerpo; luego cruzó la habitación, pisando ligeramente con sus pies desnudos sobre la magnífica alfombra, y descolgó el teléfono.

–Departamento de servicio –dijo a la atenta voz que respondió inmediatamente.

Luego colocó la mano sobre el micrófono del teléfono y llamó.

–¡Carl!

Una voz masculina, profunda, gutural, como de quien hubiese estado haciendo el amor, se oyó por la puerta abierta de la alcoba.

–¿Eh? ¿Qué ocurre?

–Estoy encargando la comida. Deberías comer algo. ¿Qué te apetecería? Seguramente los otros también tendrán hambre.

Tras una pausa, la voz masculina dijo:

–Lo dejo a tu gusto.

–Siempre haces lo mismo –se quejó la mujer. Pero sonreía dulcemente; se hallaba aún bajo el influjo del placer.

–Eso es porque siempre me das lo que deseo... ¿Te di las gracias, Kathy?

–Me las diste. ¿Y qué dije yo?

–Dijiste: «Fue un placer». ¿Lo fue, querida?

–Sí. La joven reparó en la voz que en un creciente tono de impaciencia repetía por teléfono: –¡Departamento de servicio! ¡Departamento de servicio!

–Lo siento –dijo, apartando la mano del micrófono.

El tono de su voz cambió y se hizo más incisivo.

–Aquí el piso treinta y cuatro, número veintiuno. Traigan algunos bocadillos, por favor. Para cinco personas. Carne. Pollo. Jamón. Queso con tomate. Y café.

Dio una ojeada por encima de la mesilla auxiliar en la que se alineaban botellas y vasos.

–Y una botella de «Johnnie Walker», seis sodas y hielo. Después colocó el teléfono en su lugar y se dirigió de nuevo a la alcoba. Había un gran espejo en la pared opuesta y al pasar se miró en él con la satisfacción de una mujer joven y hermosa que no necesita esforzarse lo más mínimo, ahora ni nunca, para conservar su belleza. Su cabello era rubio y suave, y modelaba graciosamente la forma de su cabeza pese al desorden en que se hallaba. Sus ojos, grises, eran grandes; debajo de ellos, débiles sombras –la fatiga del placer– aparecían como suaves pinceladas, discretamente, como si fueran un cumplido en tono bajo por una tarea bien realizada.

La voz masculina llegó de nuevo desde la habitación interior.

–Eres muy eficiente.

La joven volvió la cabeza, ligeramente sorprendida.

–¿A qué te refieres?

–A lo que has encargado.

–Oh, eso... El queso con tomate es para ti.

–¿Para fortalecerme?

La joven sonrió a su reflejo.

–No necesitas fortalecerte.

Al cabo de un instante, la voz masculina dijo:

–Estás mirándote al espejo.

Ahora ya nunca se sorprendía ante lo que él supiera o dijese. Bastaba con que hubieran sido amantes desde que cumpliera los dieciséis años para que supiera mucho acerca de él y para que él a su vez conociera todo lo imaginable sobre ella. Si él la superaba en conocimiento o en fortaleza, no importaba, aquello era la habitual sombra que el hombre proyectaba sobre la mujer en la relación amorosa. Ése era el motivo de que una joven descansara *así* y un hombre lo hiciera *así*... Su ensueño diurno fue interrumpido de nuevo.

—¿Qué ves en el espejo? —preguntó la profunda voz masculina.

—Sabes bien lo que veo.

—Dímelo.

—Una joven.

—Que yo conozco.

—Alta.

—De estatura mediana.

—Mediana para ti...

La joven se contempló con creciente atención, como si realmente fuera importante darle una imagen exacta.

—Cabello rubio y suave. Rostro ovalado. Pálido en este momento. Boca más bien grande. Cuello largo.

Hizo una pausa y volvió a mirarse en el espejo.

—Continúa —dijo la voz masculina.

La joven sacudió la cabeza.

—Me avergüenzas otra vez.

—¿Otra vez? —dijo en tono de sorpresa.

—Lo haces a menudo... ¿Estás mirándote al espejo?

—Sí. Estoy haciéndome el nudo de la corbata.

—¿Qué es lo que ves?

—Un hombre viejo.

La joven miró ceñudamente su imagen.

—Carl, no eres viejo.

—En estos momentos no me siento viejo.

Su voz sonaba sonriente.

–Fuiste lo bastante amable para demostrar que no lo soy. Pero el espejo está en contra nuestra.

Su voz se modificó de repente, como con intención de mudar de tema.

–Feliz año nuevo, Kathy.

La joven se volvió y miró hacia la puerta de la alcoba.

–Me Jo has estado diciendo sin parar durante los últimos cuatro días.

–Tal como lo siento –su voz iba acercándose.

–Dime otra vez, ¿cuántos cumplirás este año?

La joven sonrió.

–Veintidós.

–Yo tendré cincuenta –dijo el hombre, y salió animadamente de la habitación.

«Si Carl Wenstrom tiene cincuenta años –pensó la joven–, entonces ésa es la edad exacta que debe tener un hombre...». Era muy alto, tanto, que ella, con sus cinco pies y siete pulgadas, apenas le llegaba a la barbilla; su ancho y fuerte cuerpo era de los que incitan a las mujeres y a los policías a lanzar una segunda mirada y de los que mantienen a raya a cualquiera. Sus antepasados noruegos le habían legado su rubio cabello; su padre americano, aquel aire decidido y autoritario; una educación a la inglesa, su acento y dicción. Cuando ella tenía dieciséis años su aspecto atractivo e implacable la había dominado por completo, del mismo modo que su inocente belleza había forzado a Carl a una vacilante abdicación del dominio que él tenía sobre sí mismo; seis años después, su implacabilidad sólo continuaba suavizándose para ella. Sólo ella era capaz de domesticar a un hombre que, por alguna razón –por muchas razones–, consideraba al mundo simplemente como una presa. Desde luego, él ya no era joven... A los cincuenta años, los tendones se solidifican, la barbilla tiende a caer, la línea de la cintura perdía su apostura. Carl era todavía difícil y duro, pero los veintiocho años que les separaban constituían ahora –ella lo sabía– un reto para Carl

en lugar de un adorable motivo de falsa lisonja. Iba vestido de gris oscuro, como siempre: «Los colores claros son para los niños», había dicho en cierta ocasión, mucho tiempo atrás, con motivo de hallarse ambos contemplando los giros de los patinadores en la pista de hielo del Rockefeller Plaza; pero cuando lo dijo por primera vez, había sonado confiado y gentil, sin la menor traza de ansiedad.

En aquellos viejos tiempos, había sido un amante encantador; el encanto permanecía aún allí, indiscutiblemente, pero había momentos –y éste había sido uno de ellos– en que su potencia adquiriría un débil y disculpable aire artificioso, cuando durante unos pocos y difíciles segundos el precio físico era demasiado alto para él. Ella estaba segura de la solidez de su amor, en cuanto a algo bien sedimentado; pero comprendía que entre ellos deberían existir otras medidas de fuerza, otras señales privadas.

En verdad, y ahora, sus tristes pensamientos se multiplicaron en la salvaje e inconsiderada capitulación de la juventud; esta particular tendencia ya debiera de haberse producido; la inevitable decadencia podía haber empezado ya. Ambos lo sabían, pero no se lo habían confesado mutuamente; y en este aspecto, el más sensible de la virilidad, no podía ser ella la primera en decir: *No debes hacer esto. Haz esto otro en cambio.*

Si se hubiera atrevido a decir la verdad, no esperaba ya los transportes del amor, ni los recibía tampoco con idéntica emoción. Se sentiría igualmente satisfecha, dicho esto como en un cuchicheo, a sí misma, con el papel de hija amante.

¿O era esto sencillamente –se preguntaba– el *post coitum tristem*, el decaimiento después de la exaltación? Si hubiera expresado en palabras estos pensamientos, Carl habría contestado únicamente con ironía: «Por supuesto que *ahora* sientes eso». Carl siempre tenía respuesta para todo, ya se tratara de un tema tierno o difícil. Ante un

hombre así, se dudaba un tanto a la hora de hacer preguntas, y al final se optaba por callar.

Ahora, mirándola frente a frente, Carl dijo, con increíble exactitud:

–Estás pensando en cosas tristes, Kathy.

Y al instante, al oírle hablar, Kathy supo que sus dudas eran como una sutil gasa y que le amaría cualquiera que fuese la actitud que Carl adoptara. No era necesario sentir el contacto del cuerpo de Carl contra su hombro, para que aquello quedara confirmado. Dijo, pues:

–Sólo durante veinte segundos, aproximadamente.

Y al decirlo le miró al rostro, en el que las importunas arrugas en la frente y a los lados de la nariz parecían profundas a aquella luz tan violenta.

–¿Estás fatigado, querido?

Carl sonrió al contestar:

–Tanto como tengo derecho a estarlo en este momento. –Tal vez no hubiésemos debido hacerlo antes de la reunión.

Con su brazo en torno a los hombros de ella, dijo:

–Cuando llegue el día en que no pueda hacerte el amor y presidir una reunión de tres o cuatro personas, en el espacio de una hora, renunciaré... a las reuniones.

Eso no era cierto, Kathy lo sabía: era sencillamente el espaldarazo, su tributo verbal a la belleza de Kathy, las palabras que Carl creía que ella deseaba oír. Carl jamás abdicaría de su poder; y su verdadero poder residía por completo más allá de su amor, incumbía a otra gente, otros planes, otros logros.

Kathy se liberó de sus brazos y se dirigió hacia el gran tocadiscos que ocupaba una esquina de la habitación.

–¿Música? –preguntó.

Carl consultó su reloj.

–Algo corto; los demás estarán aquí dentro de diez minutos.

–Chopin –dijo Kathy.

Llamaron a la puerta y entró el camarero del piso empujando una repleta mesilla portátil. Era viejo y algo lento. Kathy esperó a poner en marcha el disco hasta que el contenido de la mesita fuese laboriosamente descargado sobre otra mesa mayor, la nota firmada y entregada la propina de dos dólares. Mientras el mozo salía dando gracias profusamente, Kathy dijo:

–Eres demasiado generoso. No es de extrañar que tengamos que convertirnos en piratas.

–Deseo ser un pirata, de todos modos.

La divina música de Chopin llenó la habitación, suavizando todas las inquietudes, resolviendo todos los problemas. Por sobre las claras notas, Carl preguntó:

–¿Cuáles eran esos tristes pensamientos, Kathy?

Kathy sacudió la cabeza.

–Nada realmente, Carl. De cualquier modo, ahora todo ha desaparecido. ¿Eres feliz con lo que has planeado?

–Lo seré dentro de una hora aproximadamente.

–El viaje por mar será maravilloso.

Carl estaba ahora sentado en un cómodo sillón, de espaldas a la ventana; mientras alcanzaba un cigarro, cogía con su mano libre la bebida que había abandonado veinte minutos antes. Cuando se sintió completamente a gusto y el acariciador *nocturne* hubo conseguido su gentil propósito, Carl empezó a hablar. Era una voz singular, mesurada, que la joven conocía bien y que le causaba un placer perverso; por intrascendente que fuese, formaba parte de su amor, aunque éste se hubiese materializado tres días antes.

–Uno de los encantos de una vida de crimen es el de que podemos elegir aquello que nos rodea, de modo que añada deleite y elegancia al momento.

Al oír su voz, la joven se sintió de nuevo rendida ante ella; era tan cierto ahora como lo había sido cuando tenía dieciséis años, la cabeza en las nubes, los sentidos en elevado grado de conmoción; este hombre fantástico fue pa-

ra ella como un dios rebelde. El robo constituía para él un ejercicio intelectual; era, sin embargo, robo, a menudo peligroso, brutal y sin piedad. Y así, en esta constante iniquidad vivía, hacía el amor, era afable con niños y ancianos, pagaba sus impuestos, daba irreflexivamente a los mendigos...

—¿Robar en circunstancias sórdidas? —continuó—. ¡Qué pensamiento tan horrible! ¿No estar en hoteles como éste?, ¡inconcebible! El crucero será maravilloso, por supuesto. Largas y románticas noches bajo las estrellas tropicales. ¿No fue eso lo que ese ridículo folleto nos prometió? Las tendremos, Kathy. Pero tendremos algo más también. Viviremos como reyes y reinas, mucho mejor, en verdad, y arruinaremos a los egipcios. Muchos de ellos son extraordinariamente ricos. Y astutos también, lo que añade encanto al asunto...

»En todo caso —continuó—, pasaremos tres meses rodeados del mayor lujo y al mismo tiempo sacaremos el máximo provecho de tales circunstancias. Eso es crimen, según mi diccionario particular. Piratería de nylon; estoy seguro de que Madison Avenue es capaz de hallar el título adecuado para nosotros. No puedo decirte cuánto pienso en ello.

—Debes hacerlo. ¿No es verdad, Carl?

—Ciertamente.

—¿Por qué? ¿Después de todos estos años?

—Es mi coacción secreta.

Y al decirlo se echó hacia atrás, y con un ligero golpecillo dado con el índice, desprendió la ceniza del cigarro. Repentinamente, la joven pensó cuán maravilloso actor pudiera haber sido. La voz profunda, su presencia formidable, su pronunciación inglesa, ligeramente estudiada, todo era como hecho a medida para un actor, y lo que dijo a continuación resultó ridículamente apropiado a todo esto.

—¿Recuerdas el diálogo de introducción a *La gaviota*? Encierra todo el argumento de la obra. «¿Por qué vistes siempre de negro, Masha?». «Estoy de luto por mi vida». Del mismo modo, si me preguntas: «¿Por qué robas?», te contestaría: «Estoy en guerra con el mundo». Ése es el relato de *mi* obra.

—Pero, ¿no ha de concluir jamás?

Carl sonrió.

—Es la única obra que se ha escrito con un ilimitado número de actos... Sabes que he planeado este fragmento particular de mi guerra durante muchos meses. Presenta aspectos de la más deliciosa ironía. Un crucero de millonario (perdona la vulgaridad, pero imagino que es una descripción exacta). Más de trescientos hombres y mujeres muy ricos gozando de lujo y comodidades, bajo el sol. ¡Pero, todo el tiempo saben que están en peligro! ¡Han sido advertidos! ¡Existen piratas, tiburones, estafadores, ladrones en cada puerto! En verdad, nosotros les advertiremos de que vayan adonde vayan, les esperan embaucadores para despojar a los turistas confiados. ¿Y el verdadero peligro? ¡Nosotros! Los verdaderos piratas estamos ya a bordo, de pie tras ellos, viajando en primera clase.

Kathy se sintió arrebatada, como tan a menudo le sucedía, por la contagiosa satisfacción que se advertía en la voz de Carl. Era difícil resistir el entusiasmo propio del experto, incluso en el equívoco terreno.

—Eso es lo que llamo un trabajo de viajero. Espero que podamos sacar el mejor partido de ello, Carl.

—Oh, estoy seguro de que lo conseguiremos. Para empezar estamos tú y yo.

Carl esperó mientras una fase del *nocturne* de Chopin llegaba a su delicado término. Luego continuó:

—Jamás hubo un equipo mejor, Kathy —sonrió con satisfacción—. Únicamente tenemos que acordamos del inspector de aduanas en El Paso.

Kathy asintió y dijo:

–O de aquel curioso policía de San Rafael.

–O el cambio de divisas en Zurich.

–O de lord Merriwether y la rubia en el cuarto de baño.

Carl hizo una pausa ante el recuerdo.

–Estabas encantadora, querida. Durante un momento me sentí verdaderamente celoso.

–Hacía tanto frío...

–No lo dudo... Bien, estamos tú y yo. Luego está Scapelli, quien, aunque sea un joven censurable en muchos aspectos, ha llevado a cabo dos trabajos con nosotros sin cometer errores. Después está Diane.

Hizo una pausa.

–Me gustaría saber más acerca de ella –dijo Kathy.

–Podía no gustarte lo que averiguaras. –Carl sacudió la cabeza–. ¡Oh!, Diane lo hará bastante bien. Es tenaz y, podríamos decir, concienzuda. Por supuesto que tú y ella formáis el contraste más curioso. Ella envilece el amor, tú lo adorna. Es extraño como movimientos corporales idénticos pueden ser tan distintos en calidad... Por cierto, creo que es mejor que seáis primas, no hermanas. De otro modo podemos tener disgustos con los pasaportes. Pero, más tarde, explicaré todo eso detalladamente.

–Preferiría que fuésemos primas.

–De acuerdo. Finalmente, tenemos a nuestro viejo amigo el profesor.

–¿Viene realmente con nosotros, Carl?

–Sí. Se lo prometí.

Fue suficiente; Kathy jamás hubiera discutido aquel punto. Pero en aquel momento fueron interrumpidos por el teléfono. Era la oficina de información, sita en el vestíbulo.

–¿Espera alguna visita, señor Wenstrom? –preguntó una voz cautelosa.

–Sí –respondió Carl.

–La señorita Loring y el señor Scapelli acaban de preguntar por usted.

–Hágales subir, por favor.

–Muy bien, señor.

Carl se encontró sonriendo ante el ligero acento de incredulidad que flotaba en la voz del hombre. Se trataba probablemente de eso: en este hotel, Diane y Louis Scappelli crearían más de una duda a la administración. Tal vez por sus maneras, o por su modo de vestir, circunstancia de la que tomó nota mentalmente. Si por su aspecto se hallaban fuera de lugar a bordo del *Alcestis*, era un punto éste, que debería vigilarse, quizá digno de ser tenido en cuenta.

Se volvió hacia Kathy.

–Ahora suben Louis y Diane.

–Bien –dijo Kathy.

Como la joven no se movía de la silla, Carl añadió:

–Querida. ¿No vas a vestirte?

Kathy miró su bata y las pequeñas zapatillas de brocado que calzaba.

–Esto es correcto. ¿No es verdad?

–No seas tan perezosa. –Se notaba una nota de cariñoso reproche en su voz, pero también algo más–. Ponte alguna ropa.

Kathy le miró fijamente.

–Carl, ¿qué importa si estoy así?

–No es adecuado para tratar de negocios.

De pie, sonriendo débilmente, Kathy dijo:

–Carl, eres maravilloso.

–¿Qué quieres decir?

–No importa...

Y mientras se dirigía a la alcoba, dijo, por encima del hombro:

–¿Medias también, señor?

Pero no esperó su respuesta.

Al encontrarse solo, Carl Wenstrom quedó momentáneamente pensativo, en tanto que se le marcaban muy profundamente los surcos en su frente. Kathy podía permi-

tirse hacer estas observaciones, por supuesto; en verdad, este gentil tono de zumba formaba parte de su amor compartido, ya que confesaba tristemente a Kathy, y también a sí mismo, que a veces su total control de la vida de la joven adquiriría formas absurdas. En cierta ocasión había prohibido leer a Kathy, leer un libro de escandalosas memorias, escrito por una de las más escabrosas prostitutas de Hollywood. «Simplemente, no es adecuado para ti», le había dicho rotundamente. En aquel entonces, Kathy acababa de cumplir diecisiete años; y ella y Carl debían haberse hecho el amor por lo menos cuatrocientas veces durante el año precedente. Pero, ¿tal vez en esta ocasión Kathy fue demasiado directa, excesivamente peculiar? Carl no quería ser llamado «señor» en ningún momento, y particularmente esta tarde, cuando un ligero dolor de cabeza le recordó que, a los cincuenta años, el amor y las preocupaciones resultaban algo excesivo.

¿Tal vez fue una indirecta de Kathy referente a esto? Si así fuera, la joven había escogido un momento difícil, ante lo que un hombre al sentirse inseguro se habría resentido. A bordo del *Alcestis*, figuraría como su hijastra; pero todavía no se hallaban a bordo.

Carl esperó a que terminara el disco de Chopin y luego detuvo el tocadiscos. Entonces llamaron a la puerta y contestó:

—Entre, está abierto.

Diane y Louis Scapelli entraron en la habitación.

Carl comprendió inmediatamente en qué consistía lo que había desaprobado el empleado de la administración. Diane Loring podía aún pasar, aunque se advertía en ella cierto descaro; no parecía, desde luego, una dama, pero tampoco se hallaba tan distante de ello. Louis Scapelli era otra cosa. Se trataba de un joven moreno, muy menudo, muy pálido, con la clase de bigote pequeño y recordado que ostentaran los *gángsters* de varias décadas atrás; su aire de seguridad, de ostentosa confianza en sí mismo,